



EL MÁSCARA.

CORRIENDO va un patán por el paseo,
Mal envuelto en diez varas de lustrina,
Y al verle piés y manos se adivina
Al vendedor de chile y de fideo.

No fué su fuerte pulcritud ni aseo,
Más bien parece pinche de cocina,
Y ledo entre curiosos se encamina
Callado, torpe, taciturno y feo.

¿Qué quieres conseguir, dime qué quieres?
No monto en risa al verte; en ira monto
Y aunque tengas el nombre que tuvieses
Cualquiera al verte te conoce pronto,
No hay quien se cuide de saber quién eres
Ni á mí me importa conocerte ¡tonto!



BONITA, TONTA Y FRIA.

ESBELTO y lindo su talle
De los talles honra y prez;
Ojos negros, pelo negro,
Buenos brazos, breve pié;
Tan gallarda y zalamera
Con gracia y con tanto aquél
Que es de las mozas del barrio
Con quien más tienen que hacer
Los pollos engalanados,
Los amantes de Teruel,
Los que hacen versos acrósticos
En pos de luna de miel,
Los célibes rezagados
Y hasta.... ¡quién lo vá creer!
Casados con cuatro hijos

Adorando á su mujer;
Pero Paca tiene tantos
Dulces atractivos, que
Vuelve loco á medio barrio
Y está á punto de volver
De remate al otro medio
Si el otro medio la vé.
Yo una de tantas abejas
Consumidoras de miel,
Al husmo de esos panales,
De patitas me clavé.
Zumbele en verso, primero,
Que es un medio que á mi ver
Tiene á veces más valía
En un pecho de mujer;
Habléle después en prosa
Que es más fácil de entender,
Poniéndome hasta el alcance
De su mano y de su pié....
Y entre miradas de fuego
Y entre dulce ten con ten,
Puse el dedo en el termómetro
De aquel volcán. Apreté!....
Con entusiasmo de bardo,

Casi me identifiqué
Con los clásicos amantes
De Lord Byron, y después
Esperaba de sus labios,
El premio de mi valer,
El consuelo de mis ansias,
El bálsamo de mi bien
Y mi salvación de naufrago
Y mi merecido amén:
Era su dulce mirada
Muy ardiente.... ¡pero qué
Salióme con una pata
En estilo descortés,
Con incoherencia supina,
De supina estupidez.
Le hablaba yo de lo dulce
De la sublime embriaguez
Del amor, de esos placeres
Castas flores de mi edén,
Paraíso de delicias,
Manantial de sumo bien;
Le hablé de flores que aman,
De abejas que liban miel,
De céfiros que dan besos

A la rosa y al clavel,
 De las ondas que murmuran
 Dulces ecos de placer,
 En fin, de grata poesía,
 Toda luz, toda placer.
 ¡Y ella! Paca la divina,
 La encantadora mujer
 Con voz de madre tornera
 Me dijo: «No entiendo á usted;»
 Y encajonando palabras
 Con helada sencillez
 Me habló de la costurera,
 De la cocina y de que
 Le pican mucho las pulgas
 Que parecen alfiler;
 Que ella no entiende de versos
 Porque quién ha de creer
 A poetas; que la música
 Es fastidiosa también,
 Que es ruido menos molesto
 Que el ruido del almirez....
 ¡Oh! escultura detestable!
 Sin duda tu padre fué
 A sacarte de Laponia

Para incrustarte después
 En este clima de fuego,
 Por compensación tal vez.
 Es tal tu frialdad notoria,
 Que me aventuro á creer
 Que en un témpano de hielo
 Ajustaron tu corsé,
 Y por cráneo un tecomate
 Te colocaron después;
 Tu sangre no se calienta,
 Es una sangre á la crème;
 Quédate, pues, con tu hielo
 Y en tu eterna lobreguez
 Para adornar con tu busto
 Algún regio chapitel,
 Ó vivir en la Academia
 Arrimada á una pared,
 Para que todo Tenorio
 Exclame, si allí te ve,
 Como junto á aquel sepulcro:
 «Mármol en quien doña Inés.....»
 Queda en paz lujo de forma
 Negativa de mujer,
 Voy á escribirte un romance

Y te lo vengo á leer.
A ver si cuando lo escuches
Dices: «no comprendo á usted.»
Adios, y si tienes alma
En paz y descanso esté.



LOS BOTONES.

—
POR pegarle un botón á Juan aprisa
El hilo enredó Luísa;
Y en nueve meses netos
No pudo Juan tener en la camisa
Los botones completos.

Aprovecha, lector, estas lecciones
Y pégate tú solo tus botones.





EL GATO Y LOS CANARIOS.

(FÁBULA)

DORMITABA en la orilla de un tejado
Un gato de hospital peliamarillo,
Ancho de encuentro, gordo cerviguillo
Y en los lances gatunos avezado;
Al husmo de sartenes y de ratas
A bodega ó cocina
Sólo sus tardos pasos encamina;
Mas sin pensarlo, un día,
Y abstraído en sus graves reflexiones
No se fué, cual solía,
A caza de ratones,
Y vagando al acaso,
Como puede cualquiera,

Se encontró frente á frente
De cierta pajarera.
Parose el animal y levantando
La roma faz, los verdinegros ojos,
Fijó, no sin enojos,
En la alegre caterva de canarios
Que en grata algarabía
De dulces tonos y compases varios
Inundaba el ambiente de armonía.
Ya disipado el estupor primero
Sentó el cuarto trasero
Y sin temer se entiende
Como el gato de Lope Carambola
Muy poco á poco recogió la cola;
Mas la mirada fija
Como gato de piedra no quitaba
De aquella pajarera
Dó gato alguno penetrar pudiera,
Y mientras más miraba,
Éste, ó igual discurso
En su mente forjaba:
«Da grima oírles! Pensarán los táles
Que son tal vez los solos animales
Que tienen melodía!...

¿Quién les dió el diapasón, quién la teoría?
 ¡En qué Conservatorio
 Pasaron de aprender el purgatorio?
 ¡Qué dirán las naciones extranjeras
 De ese canto infernal? Oh qué vergüenza!
 Ya es menester que yo, viejo maestro,
 Afine el diapasón, corrija el estro»
 Y diciendo y haciendo
 El gato *di cartelo*, como un mico
 Lamiéndose el hocico,
 En ahullidos feroces
 Prorrumpió, persuadido
 De que quedaban mudos á sus voces
 Los modorros canarios;
 Así es que en tonos varios,
 Cual solía en la azotea
 De su esquiva gatuna dulcinea,
 Hizo prodigios, *fiorituri*, escalas,
 Que con serlo de gato eran bien malas
 Mas al ver que los dulces pajarillos
 No cortaban sus cánticos sencillos
 Espeluznóse todo
 Y el rabo alzó pensando de otro modo:
 «¡Ay, no tienen remedio ¡Oh patria mía!

Prescinde de una vez de la armonía
 Músicos pretenciosos é ignorantes,
 Pajarera de pájaros pedantes,
 Que crueles punzais mi fino oído
 Por siempre Adios Vuestro Aristarco es ido»
 Dijo, enarcó la espina, alzó una pata
 Como el que se espereza
 Agachó la cabeza
 Y mal disimulando la mohina
 Se encaminó mejor á la cocina,
 Aquí la moraleja: *Los censores*
Si no hablan precedidos como autores
De útiles obras y de escritos varios,
Se exponen á que el mundo los compare
Al gato detractor de los canarios.





LOS VISTAS DE LA ADUANA.

SONETO.

SIN gramática, oficio, ni pesetas,
Lince y Mirón se daban á los diablos;
Para pintar su murria no hay vocablos,
Ni sus cuitas, sus cábalas y tretas.

En esto oyeron toques de cornetas,
Y estruendo de fusiles y venablos;
Y en el trajín de salas y de establos
Miraron á la patria hacer piruetas.

—A la bola, compadre! el más avieso
Dijo al otro y se fueron á la bola...
No sé qué sucedió; pero por eso,
Lince y Mirón, viviendo á la bartola,
Están gordos y ricos como Creso
Haciéndole á la cárcel la mamola.

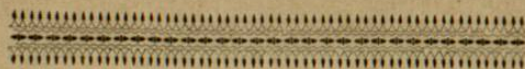


LOS TIEMPOS ANORMALES.

FÁBULA.

(Á JOSÉ ROSAS.)

DIJO un tordo en un Club, todo de tordos:
—Señores: hé aquí el quid, no estamos
[gordos.
—Busquemos una troje, dijo uno.
—Las trojes están lejos, objetaron.
—Volemos al trabajo.—Ese consejo
Es, como el preopinante, tonto y viejo.
—¡Pronunciémonos! ¡Viva! murmuraron,
Y los tordos al fin, se pronunciaron;
*Ya ves, lector, que en tiempos anormales,
Se pronuncian también los animales.*

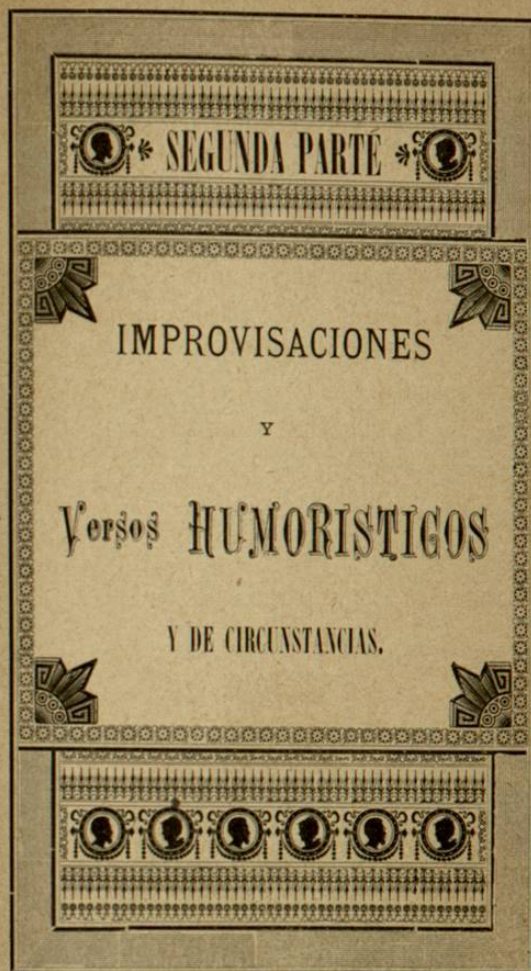


LOS CARGADORES.

SOLO, muy solo, en un rincón del mundo
Miro al mundo pasar,
Y cada quisque lleva en sus espaldas
Un fardo nada más.
Son todos esos hombres cargadores?
¿Quién la carga les dió?
Adónde van? No ven que en cada piedra
Van dejando un jirón?
Grandes hormigas son de algún granero
Que existe más allá?
O están estos mendigos de placeres,
Cargando nada más?
Nadie su fardo da á sus semejantes
Ni lo enseña jamás;
Esa carga es un lío complicado,
Misterioso y fatal...

Yo he visto algunas púdicas doncellas
Llevando... ¡quién dirá!
En vez de tiernas y virgíneas flores...
Humos de bacanal...
Y á algunos ricos, nobles potentados,
Con mucha dignidad,
Ocultando en su fardo la ganzúa...
Con mucha agilidad.
He visto algunos otros, casi santos
Llenos de compunción,
Proferir un pequé, golpearse el pecho...
Y con ojo avizor
Mirar si el sacristán tiene las llaves
Que guardan el copón!...
Aquí y allá descuellan los tribunos
De cívico blasón:
Van cargando también, y sus mochilas
Despiden mal olor:
Llevan allí un veneno que á la patria
Le causa gran dolor:
Médicos son del pueblo, del Estado,
De la Constitución,
Y nos han ministrado tantas píldoras
Que..... ¡líbranos Señor!

¿Quiénes hay que no carguen en el mundo
 Esa mochila ruín?
 Como somos ya todos cargadores
 No hay quien me cargue á mí...
 ¡Los lectores!-- No tal que apenas pueden
 Con mis versos aquí,
 No hay remedio, si el fardo que nos pesa
 Hemos de sacudir
 Os aplazo desde hoy para ¡LA ADUANA!
 La vida está en un *trís*.





EL 13 DE SEPTIEMBRE DE 1847

EN CHAPULTEPEC.

Composición leída por su autor, en un banquete dado
por los supervivientes de
aquella jornada el 13 de Septiembre de 1883. (1)

ERA yo un chiquitín, barbilampiño,
Y ya estudiaba de la guerra el arte,
Y entretenía el maternal cariño
Con mi fusil de niño;

(1) Concurrieron: Subteniente de alumnos hoy general, don Fernando Poucel; el sargento de idem, hoy jefe de sección de ingenieros, don Ignacio Molina; el cabo de idem, hoy secretario de Legación, don José T. de Cuellar; el alumno, hoy presidente del ayuntamiento de Híjalgo, don Estéban Zamora; los siguientes, también alumnos, tesorero del Ayuntamiento de México, don Antonio Sola; diputado, don Vicente Herrera; Notario público, don Ignacio Burgoa; coronel Cástulo García y General don Ignacio Peso.

Pues como no inspiraba yo respeto,
 Más que un hijo de Marte
 Parecía de ese dios tataranieto.

Yo nunca fuí una maula,
 É iba llevando mi risueña vida,
 Con viento bien propicio,
 Entre las horas clásicas del aula
 Y las duras fatigas del servicio.
 En medio á esa incoherente algarabía
 De los primeros sueños infantiles,
 Y á fuerza de vivir entre fusiles
 Recuerdo que tenía
 Humos de Napoleón y de Alcibiades:
 Y que allá en mi revuelta fantasía,
 Aspirante al poder y á la pujanza,
 Soñaba con los botes de la lanza,
 Con la carnicería,
 Tras la que gana el héroe en la victoria,
 Entre el fragor de horrisono combate,
 Los lauros inmortales de la gloria.

Pero otras veces, y las más, dejando
 A un lado sueños, lauros y matanza
 Me pareció tirante la ordenanza
 Y rudo y poco cómodo el oficio,

Con especialidad cuando tenía
 Que sujetarme á la orden del servicio.
 Cuando, dejando el tibio dormitorio,
 Yo solo, en aquel cerro, estaba en vela
 Como alma de bendito purgatorio
 Haciendo á media noche el centinela.

Recuerdo que enfadado
 De salir de los brazos de Morfeo,
 Para empuñar las armas, reputaba
 Muy impropio y muy feo
 Despertar á un chiquillo
 Para darle un fusil, y por consigna,
 De que ya estaba uno harto,
 Oír esta razón del cabo cuarto:
«No se duerma, y que cuide vd. el cuartillo»
 ¡Bonito Napoleón el que yo hacía
 Arma al brazo, á las tres de la mañana,
 Para impedir que algún alumno pilló
 Junto al barril del agua que bebía
 Se robara el cuartillo!
 Pero en fin; era aquello en su conjunto
 Pisar la misma senda (aunque á distancia)
 Que condujo á las glorias de Numancia
 Y á las de Salamina y de Sagunto.

Pero á tanto jugar á los soldados,
Y manosear las cosas del oficio,
Aún niño me creía
Con bastante denuedo
Para inmolarme por la patria mía,
Prestándole, entre filas, mi servicio.

Una alegre mañana,
De esas en que la luz baja á torrentes
Sobre la inmensa sábana del valle,
Plateando arroyos y esmaltando faldas
Con tintas relucientes
Que parecen facetas de esmeraldas,
Al contemplar absorto
El cuadro incomparable de natura,
No sé qué notas de himno se elevaban
De mi pecho infantil hasta la altura.
Era yo tan feliz! gozaba tanto,
Trepado en la muralla derruida
De aquel vetusto alcázar de los reyes,
Que á torrentes bebí salud y vida.
Y mi naciente aljera esperanza,
Llevaba el alma mía,
Como su aureola el angel, por los campos
De mi risueña y loca fantasía,

Hasta hundirse en lejana lontananza.
Iba á ser aquel día
Muy grande para mí; vida en hartura
Por mis venas corría
Llenándome de paz y de ventura,
Y..... también mi memoria lo recuerda,
Que acabando de oír la voz deseada
De «á derecha é izquierda»
En varios pelotones
Que formaban bisoños preguntones
Se pedía la clave
De algún asunto, en realidad, muy grave.
Era que el enemigo,
El invasor del Norte se movía
En dirección á nuestro ameno valle,
Y como cosa cierta se sabía
Que aquellos Napoleones infantiles
Con la enemiga hueste cruzarían
Sus pequeños fusiles.
Y era de ver aquella alegre turba
Que vivía entre fútiles quimeras,
Extrañas á la patria y al civismo,
Levantarse, surcando otras esferas,
En alas del naciente patriotismo.

UNIVERSIDAD DE MÉRIDA LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1425 BOUTEBREY, MEXICO

Y al oírnos hablar sobre la guerra,
 Con esa petulancia de los niños
 Que juegan á soldados,
 Con ademanes cómicos y guiños
 De carácter jocoso
 Según nuestras edades,
 Cualquiera pensaría
 Que cada chiquitín era un coloso
 Y cada peloncito era un Milciades.
 No hay juguete, ni trampa, ni promesa
 De juego ó premio, ó diversión que baste
 En medio de una escuela
 Para dar una idea del contraste
 Que la palabra guerra producía
 En medio á aquella turba pequeñuela.
 A partir de aquel día,
 Como el niño Cupido
 Que afiló en una piedra la saeta
 Para causar al mundo tantos daños,
 Cada imberbe rapaz se entretenía
 En afilar en todos los peldaños
 Su aguda bayoneta.
 Llegó por fin el día,
 El 8 de Septiembre memorable

Y rompió la primera batería
 Del enemigo fuego formidable
 Contra el viejo Castillo,
 Que contestó con vieja artillería.
 A mí me pareció tan poderoso
 El enorme cañón de á veinticuatro
 Del lado de Occidente,
 A cuyo pié me hallaba yo presente
 Que, con sólo un disparo de metralla
 Se acabaría el enemigo bando
 Aniquilando á toda la canalla.
 Por ser personalmente
 Quien prestara á la patria aquel servicio,
 Me dirigí al teniente,
 Quien, riéndose, me dió la cuerda mecha;
 Tomé mi puesto, y á la voz de «fuego!»
 Me dije para mí: la cosa es hecha,
 La acerqué al estopín y salió el tiro
 Con pavoroso estruendo;
 Y corrí á la trinchera
 Para ver á los muertos en la brecha.
 ¡Qué atrocidad! los ví, los estoy viendo!
 Abrió nuestra metralla en la columna
 Del enemigo una sangrienta calle,

Y me quedé azorado de mi hazaña,
 Cual si con un soplado
 Pudiera hacer cien muertos en campaña.
 Es la senda, decía para mi sayo,
 Que conduce á la gloria y la alta pompa,
 Y con mis aires de sargento Bomba,
 «No es malo unos cien muertos por ensayo!»
 Los días subsecuentes
 Nos metieron tres bombas por minuto,
 Amen de bala rasa
 Que por poco nos dejan sin la casa.
 Y para ser sincero,
 Confieso que sufrieron menoscabo
 Mis humos de valiente y de guerrero
 Cuando veía á la tropa
 Macilenta, aterrada, delirante,
 Y el pánico pintado en el semblante.
 Por fin el 13, al despuntar la aurora,
 En medio de espantosa gritería,
 Se rompieron los fuegos en la linea
 De toda la compacta infantería.
 Nuestras dos compañías
 Allá en el Mirador, sobre las armas,
 Esperaban su suerte,

Y en medio á aquel estruendo formidable,
 Para no ser actor inanimado
 Me sentí tan valiente y tan soldado
 Que viendo al enemigo despreciable,
 Guardé mi bayoneta
 Y me salí á hacer fuego á la glorieta.
 Cubríamos entre siete el parapeto,
 Ya puntando á los grupos, que eran muchos,
 Consumí dos paradas de cartuchos!.....
 Cuando noté que tres de los soldados
 Rodaban á mis piés ensangrentados,
 Alcé la vista y sorprendí, bajando
 La pequeña escalera
 Que daba á mi glorieta
 El primer yankee que miré en mi vida!
 Me pareció un gigante ó un atleta,
 Y al dar el primer paso,
 Mi compañero Suárez,
 Alumno chiquitín de la *segunda*,
 En dos brincos subió cual fiero Marte
 Y al yankee atravesó de parte á parte!

 Perdido estaba todo,
 Consumado el asalto;

Y todavía el Colegio obedeciendo
 A la orden recibida,
 Bajó por la pendiente
 Que mira hacia el Oriente,
 Sufriendo cuatro fuegos; por más señas
 Que quedaron después de la batalla
 Cubiertas de cadáveres las peñas.

Caímos prisioneros
 Los niños entre aquellos soldadazos;
 Pero antes de entregarnos,
 Contra una dura piedra,
 Mi pequeño fusil hice pedazos.

Treinta y seis años hoy hace del hecho,
 Y todavía palpita
 Con afán cariñoso
 Y con dolor mi pecho,
 Al recordar á mis amigos fieles
 Que sucumbieron en la horrible lucha,
 Tan niños, y cubiertos de laureles.

Hoy reunidos aquí los compañeros
 De esa antigua amistad en el regazo,
 Son mis votos sinceros
 Que estemos siempre unidos
 Por este fraternal y dulce lazo.

La guerra aquella fué, según la historia,
 Prueba dura del valor del mexicano,
 Una sangrienta página de gloria
 Y un útil escarmiento.

Para el altivo pueblo Americano
 La guerra injusta, cara la victoria,
 Y muy funesto, á fé, nuestro ardimiento.

Hoy calmada la sed de las pasiones,
 Empieza á confesar á las naciones
 Que su gloria es tenaz remordimiento.

